



Bruno Grossi, *Vértigo Index veri. La estética considerada desde el punto de vista del mal.* Córdoba, Borde Perdido Editora, 2024. 106 pp.

Emiliano Rodríguez Montiel¹

Digamos que todo empieza, para este libro, en marzo del año 2020, cuando su autor, cautivado por la *Vita Nova* que le promete la cuarentena, decide tomar en serio sus ganas de escribir. El marco no puede ser más ideal: desde afuera, un país entero le exige no salir de su casa, desde adentro, una tesis doctoral lo obliga a no moverse de su cama. Sí, Bruno Grossi, como Marcel Proust, escribe, desde que lo conozco, en la cama. Y sí, Bruno Grossi, como Marcel Proust, aprovecha el azar de una enfermedad respiratoria – asmática en uno, pandémica en otro– para arrancarle el tiempo al mundo y someterse, sin horarios, cortes ni compromisos, a la prueba paciente de la escritura. Claro que, en marzo de 2020, Grossi no sabe que está componiendo *Vértigo Index veri*. Su vida de tesista lo mantiene subsumido en una única actividad, en un único drama metodológico que, persistente, se reanuda todas las mañanas con la segunda taza de café: cómo dominar el género tesis, cómo sostener el largo aliento de un argumento del que, por ahora, sólo se tiene textos sueltos, resultados parciales abrochados alrededor de un común denominador, Alain Robbe-Grillet. El Aislamiento Social Preventivo y

¹ **Emiliano Rodríguez Montiel** (Paraná, 1990) es Doctor en Literatura y Estudios Críticos por la Universidad Nacional de Rosario y Profesor de Letras por la Universidad Nacional del Litoral. Enseña en la Universidad Autónoma de Entre Ríos e investiga en el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH-UNR), donde se desempeña como becario posdoctoral del CONICET. Publicó *Los contratiempos del dandi. Alan Pauls y la fuerza del anacronismo* (Eduvim, 2025) y diversos artículos sobre narrativa argentina contemporánea (Hernán Ronsino, Ricardo Piglia, Romina Paula), su área de investigación y estudio. Contacto: rodriguezmontiel.e@hotmail.com

Obligatorio, la famosa ASPO, supondrá para Grossi el golpe de suerte histórico que estaba necesitando para cajonear su vida adulta y poder darle rienda suelta a su procrastinación, condición *sine qua non* para la existencia de este ensayo. Como un niño, como un infante santafesino que, a la hora de la siesta, se pone a crayonear hojas blancas en algún rincón de la casa hasta que, sin conciencia del tiempo que ha transcurrido, se da cuenta que ha coloreado el block entero, Grossi, animado por el sinfín de horas disponibles que acaba de conseguir, comienza a garabatear lo que durante meses sus más allegados apodaremos –un poco en chiste, un poco con miedo– “la introducción infinita”. Que este ensayo sea el resultado de una incontinencia, de la imposibilidad de su autor de no haberse podido contener dentro de los límites de un género por otra parte hiper constreñido, habla muy bien, en justa medida, de su contenido. ¿O no es de esta manera que Grossi define el concepto central de su libro? “El «Mal» –afirma– señala una moral individual radicalizada que se independiza de los deberes de la vida ciudadana y se entrega sin pruritos a la improductividad, la embriaguez o la perversión” (72). Me gusta pensar este libro, el primer libro de Bruno Grossi, como el fruto de una gimnasia, de un tira y afloja entre dos vidas: la del tesista, empujada por la necesidad de dar cumplimiento al último requisito para alcanzar un grado académico, y la del ensayista, entusiasmada por ver, ya sin obligaciones a la vista, hasta dónde puede llegar con su objeto, cuál es el límite de su indagación, qué posiciones (valores, saberes) está dispuesto a enfrentar (58).

De la feliz tensión entre estas dos experiencias, la del becario y la del diletante –la de aquel que desea formalizar una investigación seria y la de aquel que desea rehuir de dicha “moral del resultado” para ponerse a prueba a sí mismo (59)–, está hecho, me gusta pensarlo, *Vértigo Index veri*. No sólo porque la experiencia de escritura lo confirme, sino porque el libro mismo, por entero, no deja de hablar de estas dos figuras a priori antitéticas, en principio separadas por estar inscripta una en el *ethos* de la ciencia (“en el mundo de las relaciones útiles, de las obras eficaces”) y la otra en el reino de lo íntimo, de lo inefable, de aquello que nos pasa cuando “el vértigo de una frase o la violencia de una imagen nos arrebatá, nos descentra, nos pervierte”

(5; 102). Saber comunicable y experiencia inexpressable: de esta fricción –de este maridaje– se compone *Vértigo Index veri*. Su argumento, dividido, a modo de un glosario de conceptos, en entradas breves pero intensas –una arquitectura barthesiana que me recuerda, por sus fogonazos de inteligencia, a *Trance* de Alan Pauls (Ampersand, 2018), pero también, por las obsesiones que lo encauzan, a *Los años Aira* de Alberto Giordano (Neutrinos, 2022)–; su argumento, decía, nos enseña hasta qué punto la ciencia literaria y el ejercicio ensayístico, antes que darse la espalda para negarse mutuamente, deben hacer las paces en provecho del conocimiento que se aventuran a construir. Pues la Ciencia, aquella disciplina encargada de estudiar profesionalmente al arte, debe entender, afirma Grossi, que “la perversión nos hace felices”, que la experiencia intensa que nos provee cada tanto el pasaje de una novela, el fragmento de una película o la escritura de una idea “produce en nosotros un *plus*”; una clase singularísima de saber, el cual, haciéndonos alejar del “camino metódico de los resultados proyectables”, “nos hace abrazar la errancia riesgosa hacia lo desconocido” (5). La crítica literaria, por tanto, antes que repeler dichas experiencias, antes que “reconocer de mala gana estos momentos de fervor marginándolos a la vida privada del académico”, debe estimularlos (6). Debe incitarlos propiciando nociones que contribuyan tanto a la comprensión de tales episodios como a su proliferación: “el joven inquietado por una experiencia que no entiende va hacia el concepto para encontrar respuestas, pero también –y eso es a menudo olvidado– para intensificar esas experiencias, para multiplicarlas, diversificarlas y enrarecerlas. Sin embargo, desde temprano se le enseña a través de distintas técnicas a «enfriar» su comportamiento” (7). Por su parte, el ensayista, en el fulgor de su ejercicio diletante, debe entender que es ilusorio querer conocer la naturaleza de aquello que lo inquieta sin servirse, precisamente, de aquello que tanto ahuyenta: los recursos (el metalenguaje, las herramientas conceptuales) del especialista. Grossi nos advierte: no existe un “estado adánico y natural” al cual llegar, un “primitivismo teórico” que el académico tiene que sacrificar en pos de convertir a la experiencia interior en “un objeto útil al servicio de razonables proyectos teórico-políticos” (9). De lo que se

trata, para crítico ensayista, es de entender de que “la ciencia que tanto desdeña es la que paradójicamente puede ayudarlo” a encontrar la dosis justa de objetividad que necesita para comunicar la experiencia íntima que lo moviliza sin caer por ello, peligro entre los peligros, en el vano impresionismo, en lo arbitrario de la individualidad o “cualquier clase de espontaneidad de los afectos” (13). Sólo de este modo, concluye Grossi, podemos estar a salvo de la arrogancia del yo, de cualquier excusa para el egotismo: “La experiencia a la que nos referimos es sin duda objetiva: implica el momento de sumersión en la obra misma. El *volverse cosa*, el olvido de sí por el que damos libertad al objeto, permite apreciar algo distinto del contenido previamente existente en la conciencia” (18).